AUTORRETRATO

ESCRITO POR CARLOS ARNICHES EN EL AÑO 1943, CUANDO CONTABA A LA SAZON SETENTA Y SIETE DE EDAD

Soy un hombre viejo, de muchos años; pongan ustedes los que quieran, que no me molesto. Yo tengo la culpa, por haberlos vivido. Alto, todavía esbelto, hasta cierto punto; correcto y moderado en el vestir, y de no mala facha, pues, según han dicho varios biógrafos, tengo un cierto aire de personaje yanqui. No sé si esto será cierto, porque yo no me he sentido nunca ni personaje ni yanqui; pero como el trazo no me disgusta, aquí queda. Guapo no lo soy, no quiero engañar a nadie, y, además, a estas alturas, ¿para qué? Tengo los ojos pequeños..., y ¡cuidado que he visto cosas!... Y la nariz, grande y de mala calidad; me acatarro mucho. La boca..., la boca no sé cómo la tengo...; desde luego, harta de decir lo que no quiere, y, claro, así ¡quién la tiene presentable!... ¡Ah!... Y soy un poco cargado de espaldas, de espaldas y de otras muchas cosas. ¡Hay en la vida tanta cosa cargante...!

Esta es mi cuadratura física. La moral es peor... Peor para mí, naturalmente. Soy un trabajador infatigable. Presumo de esto con

cierta razón. Estoy en el yunque desde los catorce años. Al principio, de dependiente de comercio; luego, de aprendiz de periodista, y, por último, desde los dieciocho, de autor cómico. Y aquí me quedé, y con no mala suerte. Cuando cumplí veinte primaveras, y se cobraba por una obra en un acto ocho o diez pesetas, a repartir entre los dos o tres colaboradores—y ahora se explicarán ustedes lo de «primavera»—, me llamaban «el rey del trimestre», porque los hubo que llegué a cobrar tres y cuatro mil pesetas, que es lo que se cobra ahora en dos días de buena entrada con una comedia de regular fortuna.

El público me ha querido bien; la Prensa, así, así... Con mis colaboradores también he tenido suerte. Mucha parte de mi labor teatral está hecha en colaboración, y todos mis colaboradores han sido superiores a mí en talento y aptitud. Se ha llegado a decir—impreso está—que a algunos de ellos los he explotado. Esto es una pequeña exageración: explotar a nadie, no. No sé. Si hubiera sabido explotar, me hubiera explotado a mí mismo, y no hubiera colaborado con nadie.

Ni he sabido explotar ni adular. Por eso mis éxitos me han costado carísimos; y por eso me ha ocurrido con ellos lo que le ocurría al individuo aquel que pescaba las truchas con mazo. Y que una vez, ante aquel extraño sistema, le preguntó un curioso: «Oiga usté, amigo: y así, con el macito, ¿pesca usté muchas?» «Hombre,' no; pesco pocas; ahora, que la que pesco, la hago polvo.» Eso me ha pasado a mí con mis éxitos. No sé cuántos; pero el que he pescado, extraordinario. Díganlo Alma de Dios, El santo de la Isidra, El puñao de rosas, Es

mi hombre. El padre Pitillo, *en Buenos Aires...* La chica del gato... *y varias más... Cuatrocientas, quinientas..., setecientas representaciones...; pero cifras todas de una exactitud capaz de complacer a Pitágoras. Tan exactas han sido mis numeraciones, que a este propósito voy a referir una anécdota curiosa. En una ocasión, para que coincidieran las doscientas representaciones de una comedia mía con el día de mi cumpleaños—todos proyectamos tonterías—, le pedí a Valeriano León que adelantara la numeración tres fechas... «No es serio, don Carlos», me dijo. «Hombre, ya lo sé; pero hazme ese favor, que se trata de mi cumpleaños...» «Pues cúmplalos usted tres días después...» Y así lo hice. En vez de cumplirlos el miércoles, los cumplí el sábado.*

Y volvamos a mi autorretrato. Tengo grandes defectos. El primero, que no soy hombre práctico, y lo sospecho, porque he ganado varios millones y no tengo ninguno. Otros: no voy a los cafés, ni hablo mal de los compañeros por motivos que tenga, y no he negado nunca favor que haya podido hacer.

Ahora, eso sí; he tenido, en cambio, dos condiciones magníficas. La primera, que he sido un trabajador de una perseverancia heroica. Todos los días, a las nueve, estoy trabajando. Estreno, tengo un gran éxito; al día siguiente, a las nueve, trabajando. Estreno, me dan una grita que me aturden; al día siguiente, a las nueve, trabajando. ¡Que se necesita ánimo... después de un fracaso!... Probad, y os convenceréis, como se recomienda en algunos anuncios. Pero así he podido sobrellevar cincuenta y cuatro años de profesión... y hacer trescientas comedias.

Y otra cualidad magnífica que me adorna... ¡Y ésta sí que es de excepción y que se la recomiendo a ustedes! Es que en toda mi vida no me he movido de mi localidad.

Ustedes se preguntarán, un tanto asombrados: «¿Y qué es esto de no haberse movido de su localidad?» ¡Ah! Pues una cosa interesantísima que les voy a explicar, y que es lo que nos trae revueltos a casi todos. Verán ustedes: yo creo que el mundo es un teatro y que cada uno tenemos designado, por nuestro mérito, un sitio en él para asistir a este espectáculo de la vida. Pero el mal gravísimo es que en este teatro casi nadie está en su localidad. Todos nos creemos preteridos con la que nos repartieron, y, desde luego, mal acomodados. «¿Por qué voy a estar yo en la fila vigésima y Fulanito en la primera?», se preguntan muchos. Y se busca un «acomodador» amigo y se le dice: «Oye: yo me voy a sentar en las primeras filas. Tengo más derecho que los que están.» «Bueno; pues siéntese aquí, en la segunda, en el dieciocho, que está vacía. Si viene el ocupante, ya le avisaré.»

Y como casi todo el público se halla colocado en iguales condiciones de interinidad que nuestro amigo, en cuanto se oye el taconeo de un nuevo espectador que entra, todo el mundo se siente desasosegado e inquieto, pensando: «Ese viene a echarme», creyendo, claro, que le van a someter al bochorno de levantarlo, enviándole a la última fila, que es donde tiene su sitio. Y de aquí viene el hablar mal de los que están delante, el renegar de los que llegan, la hostilidad hacia el que pide ser justamente acomodado..., etc., etc...

Pues bien: a mí ese malestar no me ha tor-

turado nunca. A mí me dieron una localidad, fila catorce, número veintidós, y fuí y me senté en ella y en ella estoy, y no ha habido, en los años que tengo usufructuados, quien me eche de ella, y desde ella he visto el trasiego de tantos desesperados que de las primeras han tenido que irse a las últimas filas, y no los han echado del local porque no estaba reservado el derecho de admisión.

Mi localidad es modesta, sí. Pero ¡qué tranquila, qué apaciblemente leo el periódico en los entreactos, contemplando el ir y venir de los ambiciosos, de los envidiosos, de los audaces, que no acaban de encontrar su puesto, y no lo encuentran porque la vanidad tiene mala acomodación!

Tan tranquilo estoy en mi modesta butaquita, que yo me permitiría decir a todos: «¡Señores, cada cual a su asiento!» Es lo justo y lo razonable, porque piensen ustedes que al fin, cuando el espectáculo de la vida termine, hemos de ir a otro donde no hay manera de sobornar al acomodador, porque el acomodador es el Tiempo, que no tiene amigos, y que ha de colocar a cada uno, sin apelación, en el sitio que merezca, el que lo merezca: o en el recuerdo o en el olvido.

Y con esto he terminado mi autorretrato.